

De los Días Perdidos.-

682. 697.

El Árbol Solitario

Era una tarde de domingo. El almuerzo había sido abundante y bien regado. Como debe ser cuando se trata de "atender" a una visita agradable, a un viejo amigo. En este caso, al mejor amigo periodista provincial, con el que había compartido mis primeras tentativas de "chico de la prensa" en diarios y en publicaciones periodísticas de circulación hebdomadaria. Hace, ahora, más de cuarenta años de aquellos días iniciales de periodista en el norte.

Ya dije que el almuerzo había sido copioso. Y para "bajarlo" acordamos salir a dar una vuelta por la Quinta Normal. Yo, entonces, vivía a una cuadra de ese hermoso parque Santiago; esto es, por el lado de la puerta posterior que en aquellos tiempos tenía hacia la calle del Apóstol Santiago. Recorrimos varias avenidas, bajo la sombra arrojada de los árboles altos, admirando los prados tapizados con sus largas alfombras de camafeo, deslumbrados con la hermosura de las flores, que parecían emerger del césped cual ofrendas de encendidos matices, abiertas frente al cielo. Arriba, en la coronada, los pajarillos volaban jirones entre la fronda, juguetando alegremente, o tal vez haciénndose el amor.

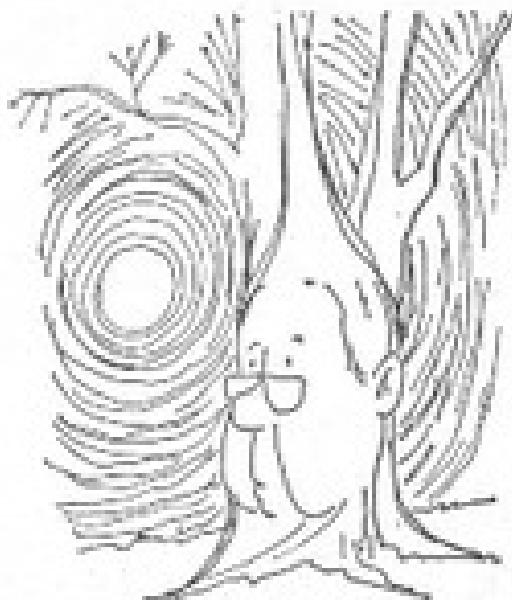
Nos detuvimos al lado suroeste de la esquina de Sóbol y tomamos asiento en un viejo banco de madera. Mi acompañante no era otro que Julio González Zañigo, escritor y periodista apasionado y Premio Municipal de Novela de Santiago. Al frente, a cierta distancia, se alzaba el árbol que ya he recordado en otros "días perdidos", al referirme a Juan Durán y "los normandos".

Yo estaba eufórica, locuaz, comunicativo. El vino que me había servido la leugua y dispuesto en fálico para hacer aquella tarde la gran revelación de mi vida. Hasta entonces —hace tanto tiempo— a nadie había revelado mi secreto... Pero el árbol, mi "hermano" (que noté que me lo ya conocía), estaba allí cerca. Observándolo, no cabe duda: almirándolo. Impidiéndole de cuento hablarnos, de lo que habíbamos en aquel momento, de lo que pensábamos...

—En mi alter ego —creo que le dije con seguridad, aunque temeroso de tan peregrina confidencia. Esto, sólo él y yo lo sabemos hasta este momento.

Mi revelación fue larga y detallada. No sé qué me ocurrió aquella vez que me sentía impulsado a contarle todo; el extraño encuentro con ese árbol solitario, meditabundo y de aura gris y empolvada, seguramente, por el maratón agotado de la tristeza, sus mensajes silencios de los atardeceres, los arrebatos de su vida de tan limitadas expansiones, prisionero allí en el extremo de la capilla de Sóbol...

González se impresionó mucho con mi extraña confesión. Conversamos bastante sobre ese hermano mío que sólo él había



bicado un cuento titulado "El hombre-árbol". El personaje central era yo. González, que tenía una memoria prodigiosa (cuando hacía entrevistas nunca anotaba nada), hizo un "retrato" fiel del Hombre-árbol que considera una tarde en la Quinta Normal de aquellos años.

Iba aquí, a través de algunos párrafos de su extraña relatación, cuando me vio el autor de "Los piratas del desierto" aquella vez: "...realmente costaba trabajo establecer si se trataba de un ser humano o del demonio. Sus largos brazos, estirados a lo largo de su cuerpo, remataban en dos manos huesudas, descarneadas, con coyunturas como falanges de ramas de árboles, abiertas en blancos sobre sus rodillas. La cara alargada, de un color terroso, mixto de verde y amarillo, y la nariz prominente. El morado opaco de sus ojos, agrandaba la cavidad de sus ojos. Su cráneo era enorme, ancho, levantado en la parte superior del frontal. Las canas ya comenzaban a decorar el marco de aquella fisonomía extravagante..."

Y al recordar el instante en que yo le había contado el árbol, mi hermano, continuó: "En el momento mismo de individualizarlo, no experimenté ninguna emoción, sin embargo, transcurridas algunas fracciones de tiempo, me di cuenta de que no se trataba de un árbol común. Algo emanaba de su tronco y de sus ramas; una atmósfera de dualidad, de soledad y de recogimiento lo envolvía.

"La plaza no estaba sola y, sin embargo, quería necesario repetir que el árbol lo estaba inmenamente". Si, un aislamiento total lo rodeaba. Su sombra de alto, si no me permite la metáfora, lo acorralaba contra el mundo exterior. Si el amplio círculo de su influencia no crecía ni un arbusto, ni una

El árbol solitario [artículo] Homero Bascuñán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bascuñán, Homero, 1901-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El árbol solitario [artículo] Homero Bascuñán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)